

# La sinodalidad para la misión y la misión para la sinodalidad de la vida consagrada

La sinodalidad se tiene que transformar en una verdadera explosión misionera para la vida consagrada; la convierte en una nueva profecía y la lleva a un auténtico cambio de rumbo y de paradigma. Le conduce a un dejarse acompañar por la vida del Espíritu que sopla donde quiere sin que sepamos exactamente de dónde viene ni a dónde va. *Nos pone a la zaga de la santidad y la misión de Jesús que es la humanización de la santidad del Dios mismo.* Por ella nos ejercitamos en la gestión de lo mejor de uno mismo, de nuestra mayor vitalidad y generosidad. Acentúa la calidad espiritual y la creatividad evangelizadora. Hace que la misión la tengamos que hacer con otros ya que nos necesitamos mutuamente, sobre todo, para el anuncio de Jesús.

La misión de la Iglesia está necesitada de toda la novedad y riqueza de la sinodalidad; ella nos hace caminar juntos y en ese proceso nos ejercita en el discernimiento, en la alabanza y el agradecimiento, en la realidad armónica donde todo se mantiene unido. La comunión debe ser el eje del dinamismo sinodal de la misión de la vida consagrada. Para avanzar en este campo se está viendo que se necesita tiempo y paciencia. La sinodalidad no nace, se hace, y está sometida a usos y abusos de todo tipo que hay que acertar a superar.

En las páginas de este número de Testimonio hay dos grandes afirmaciones: *la sinodalidad tiene que ser misionera y llevarnos a ser misioneros apasionados*; debe vivirse desde y para la misión; conduce a la renovación misionera. *La misión, a su vez, es fuertemente sinodal; muy comunitaria; debe ponerse a disposición de todos.* Debe concentrar fuerzas. La Iglesia movida por un aire sinodal, y especialmente los religiosos, aceptarán el

poner en el centro lo esencial y lo importante. Se nos exige una transformación de la misión de los consagrados que nos involucre a todos. Una vida consagrada sinodal lleva a una vida consagrada misionera. La actitud de escucha lleva al fuerte dinamismo de la vida consagrada.

Para conseguir una sinodalidad más *misionera* el religioso se tiene que apasionar por las tareas misioneras y por la persona de Jesús, hecho hijo de María y hermano de todos los hombres y *apasionado para que el Reino venga*. La vida consagrada a partir de su sinodalidad junta fuerzas para proceder como “Iglesia en salida” que es una auténtica expresión de sinodalidad. Gráficamente es viento que sopla donde quiere. La misión a la que nos lleva la sinodalidad es la renovación de nuestra vitalidad evangelizadora que nos conducirá a un vivir en estado de misión permanente. La vida consagrada tiene que evitar lo que tantas veces hace la Iglesia: hablar sin escuchar. Sin la escucha la Iglesia no puede responder al anuncio de la salvación por Cristo, del que recibe su vida y su misión, su inspiración y su fuerza. La sinodalidad junta fuerzas para que la acción misionera sea mayor y más intensa. Con todo, no podemos olvidar que la vida consagrada ha hecho progresos en la mutua implicación de sinodalidad y misión, pero son progresos muy lentos.

Para conseguir una misión *sinodal* en la vida consagrada necesitamos unos hábitos mentales que nos lleven a animar, unir, juntar y compartir; al ejercicio de la nueva dimensión global; en ella hay que transformar la manera de entender el poder en la vida consagrada inspirado en “*el poder del amor*” (C. Schikendantz). La misión del religioso nace de una indispensable comunión religiosa que viene de un creer nacido del pertenecer y que lleva a una gran intensidad. Hay que hablar cada vez menos de vida consagrada y de jerarquía y no confundir una realidad con la otra. Esta vida consagrada no es sobre todo “una sociedad perfecta”, sino una realidad marcada por la comunión, el servicio y la conversión. La teología de la “potestas” tendrá que encaminarse hacia una teología de la comunión que es imprescindible.

La sinodalidad auténtica no nos deja donde estamos; nos lleva a una real transformación de la vida consagrada que nos involucra a todos e involucra todo. El religioso tiene que hacer una clara opción por la fraternidad, por el modelo comunitario, por el pueblo de Dios al que le llegará una hora histórica y será sal bien saludable y luz que bien ilumine y dé calor.

Todo ello es parte de una auténtica praxis sinodal. Para ello se deben evitar las actitudes condenatorias, agresivas, excluyentes o autoritarias con quienes piensan con originalidad. No dudemos que juntos vamos a ser mejores y tendremos un mejor hacer. Urge eliminar el clericalismo en el proceder misionero de los religiosos. La renovación sinodal de la vida consagrada

y su renovación misionera pasa indudablemente a través de las estructuras y de las respuestas a las llamadas a la consumación del Reino.

Ha llegado el momento de resituar en la acción caritativa y en la misión de la vida consagrada a los laicos. Hay estructuras de vida consagrada que no deben llegar a condicionar el dinamismo evangelizador de la misma; no nos tiene que dejar en la pasividad en este paso; nos tiene que llevar a una auténtica escucha/acción; así se consigue una vida y misión carismáticas íntimas, dinámicas y realmente solidarias del género humano y de su historia.

A su vez, la Iglesia está llamada a revisar la idea de autoridad que se tiene en el ejercicio de la misión y que se debe llevar a cabo a todos los niveles. No podemos olvidar que con alguna frecuencia esta realidad se convierte en una auténtica lucha de poder. Toda renovación de la vida consagrada consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a la vocación, en una conversión pastoral y misionera y en una intensidad de la sinodalidad. De aquí brota la exigencia de que llegue a ser la casa y la escuela de sinodalidad y de la misión. La comunión realizada por la sinodalidad impulsa hacia la misión.

JOSÉ MARÍA ARNAIZ, SM  
Director de la Revista Testimonio